

—¡Buenas noches, mi querido archicanciller!—dijo.—
¡Hasta mañana, en el Consejo de Estado!

Y recapacitando, murmuró:

—Lahorie, Lahorie... ¡un ex ayudante de Moreau! No me sorprendería que Moreau estuviera haciendo cruceros por delante el Havre con la flota inglesa.

Sólo se equivocaba de un año: el año siguiente, Moreau dejaba la América para venir á hacerse cortar ambas piernas por una bala francesa, ante Dresde.

El 1.º de mayo de 1813, según anunció á sus mariscales al salir de Smorgony, el emperador se hallaba en la llanura de Lutzen, al frente de un ejército de trescientos mil hombres.

Tendría quinientos mil, si Prusia no le hubiese abandonado, y si el Austria no estuviese dispuesta á hacerle traición.

No es, pues, culpa suya ni de Francia si cuenta con doscientos mil hombres menos de los que había prometido.

El 29 de abril empiezan á oírse los primeros cañonazos.

El 2 de mayo, la victoria de Lutzen le hace dueño de toda la orilla izquierda del Elba, ¡desde Bohemia hasta Hamburgo!

XVIII

El camino del destierro

El sábado 23 de septiembre de 1815, un buque de alto bordo, que ostentaba en su popa el pabellón inglés, y en el palo mayor el pabellón de almirante, atravesaba la línea por 0º de latitud, 0º de longitud y 0º de declinación; procedía de Europa, y por el rumbo que seguía, dirigíase, al parecer, á la América del Sud ó á la India.

Era día de *gran barba*, como dicen los ingleses; por esto había fiesta á bordo.

Aquella fiesta, celebrada en semejante circunstancia en todos los buques de las naciones civilizadas, era la de *maese Trópico*; únicamente que, siendo la misma en el fondo para todas las marinas, cambiaba en la forma.

A bordo del buque inglés, como siempre, el mando parecía interrumpido y entregado á la tripulación, la cual, por voto unánime, lo había conferido al marinero más viejo, quien, armado de tridente, adornado con una larga

barba, y con la frente ceñida por dorada corona de papel, estaba sentado en un trono erigido al pie del palo mayor.

Allí, Su Majestad Tropical se hacía presentar á todos los que pasaban la línea por primera vez, les hacía embadurnar la cara con alquitrán, les hacía pasar por las mejillas y barba una gigantesca navaja de hojadelata, y cuando estaban bien afeitados, á un signo suyo, un inmenso tonel de cerveza, que en magnitud nada tenía que envidiar al famoso tonel de Heidelberg, vertía sobre la cabeza del paciente, con un movimiento de balanceo, una ducha de agua salada.

Con lo cual quedaba hecha la barba, y el pasajero, oficial ó marinero remojado podía ponerse á secar al sol del ecuador, en tanto el secretario del dios Neptuno extendía un certificado en el que constaba que había satisfecho el peaje á *maese Trópico*.

En medio de la ceremonia, un oficial francés apareció de pronto en el puente y, aproximándose al dios Neptuno:

—Majestad,—le dijo en buen inglés,—ahí van cien monedas de oro de parte del emperador Napoleón.

—¿El emperador Napoleón?—dijo el dios.—No le conozco: no conozco más que al general Bonaparte.

—¡Como queráis!—dijo sonriendo el oficial.—Olvido siempre que el general Bonaparte ha sido diez años emperador... Me corrijo, pues, y digo: Majestad, aquí van cien napoleones que os envía el general Bonaparte.

—¡Así ya es otra cosa!—dijo el dios, tendiendo su anchurosa mano.

Pero una mano blanca, fina, aristocrática, se interpuso entre la mano del oficial francés y la del marinero inglés, y tomó los napoleones, diciendo:

—Dadme esta bolsa, general; creo más prudente repartirla esta noche.

El dios Neptuno refunfuñó entre su gran barba de virutas; pero se sometió, y la ceremonia de la *gran barba* iba á proseguir, cuando un marinero gritó:

—¡Ojo! A popa ¡un tiburón!

—¡Al tiburón, al tiburón!—gritaron todos.

Y el dios Neptuno, abandonado, se levantó del trono y se fué, como los demás, á ver lo que pasaría en la popa.

Con permiso del almirante, los marineros se instalaron en la popa, reservada, como es sabido, á los oficiales superiores.

Uno de ellos cebó, con una gran tajada de tocino, un

enorme anzuelo suspendido de una cadena de hierro, y lo echó al agua.

El horrible escualo, del que se veía á flor de agua la aleta dorsal, se hundió rápidamente, y, á los pocos segundos, los marineros, que acababan de atar la cadena á la barra del timonel, sintieron una espantosa sacudida y vieron que la cadena se tendía con rapidez en tres ó cuatro direcciones diferentes. Los eslabones crujían, frotando por la borda del buque, y todos temieron que se rompiese.

Por fin, fueron disminuyendo las sacudidas, y pudo verse á la extremidad de la tirante cadena un bulto blanco que se removía: era el vientre del agonizante tiburón.

Entonces estallaron entusiastas aclamaciones, que prorrumpían de toda la tripulación; gritos de triunfo, más grandes que los de alegría que les precedieron en los momentos de más entusiasmo de la fiesta de maese Trópico.

Al oír aquellos gritos, asomó por la escalera de popa un hombre que no había estado aún en el puente.

Aquel hombre vestía el tradicional tricornio y el casaca verde de cazadores de la guardia, sobre el que brillaban la placa de la Legión de honor y la cruz sencilla de caballero, junto con la de la Corona de Hierro; seguía el general que había entregado los cien napoleones, y otro oficial de unos cuarenta y cinco años, con el uniforme de la marina francesa.

Aquel hombre era Napoleón; el general que le seguía, Montholon; y el oficial que vestía el uniforme de la marina francesa, era Las-Cases.

Hallábanse á bordo del *Northumberland*, mandado por el almirante Cockburn, que hacía vela hacia Santa Elena, con orden á los marineros, á los oficiales, y aun al mismo almirante, de no dar á Napoleón más que el título de *general Bonaparte*. Estaban navegando desde el 7 de agosto: hacía, pues, cuarenta y siete días que habían salido de la rada de Plymouth.

Acababan de atravesar la línea; pero, por una atención del almirante, ni el emperador —por más que estuviere reducido al rango de general Bonaparte— ni ninguna de las personas que la acompañaban habían sido sometidas á la ceremonia ridícula del bautismo; pero como los gritos habían cambiado de expresión, el ilustre prisionero subió á cubierta á ver de lo que se trataba.

A bordo cualquier cosa constituye una distracción: cuando Napoleón supo que se había pescado un tiburón y

que seguía el buque á remolque, fué á sentarse sobre el cañón, su sitio acostumbrado, y esperó.

Un instante después, los gritos de los marineros anunciaron que iban á izar el animal; luego asomó por encima de la borda la puntiaguda cabeza y su boca armada por triple fila de dientes, y un último esfuerzo lo depositó en la cubierta. Pero, en el momento de caer, los marineros se apartaron precipitadamente, no queriendo asistir de demasiado cerca á su agonía.

En efecto: apenas el tiburón tocó el puente, hallando un punto de apoyo, brincó á la altura del palo mesana; luego, topando con la cureña de un cañón al alcance de su boca, lo mordió de tal suerte, que penetrando los dientes en la madera, permaneció inmóvil, presa por un instante de su propia mordedura.

El jefe de carpinteros aprovechó la ocasión: se aproximó al escualo y le descargó sobre la cabeza un terrible hachazo.

El animal arrancó los dientes de la madera de la cureña, en la que dejaron profunda huella, y de un solo salto pasó de estribor á babor.

Tres ó cuatro hombres que halló en el trayecto cayeron derribados por el choque; uno de ellos quedó sin conocimiento; los demás saltaron á las escaleras y no pararon hasta los obenques, subiendo con la agilidad de los monos.

Todo esto ocurría entre los gritos y algazara de la tripulación, pues la mascarada de los marineros convertía la lucha y sus evoluciones en un espectáculo lo más pintoresco imaginable.

Napoleón, al principio, halló cierta distracción en aquella especie de batalla; luego, en medio del movimiento, los gritos y las exclamaciones, acabó por caer en una especie de profundo ensueño.

Cuando volvió á la realidad, el tiburón estaba decapitado y tenía abierto el vientre; un marinero sostenía entre sus manos el corazón del animal, y el cirujano de á bordo, mientras el cuerpo sin cabeza yacía abierto de un extremo á otro, hacía notar que el corazón separado del cuerpo seguía contrayéndose: tan grande es la vitalidad de esos terribles animales.

Napoleón se sintió conmovido por aquel gigantesco sufrimiento: volvió á otro lado los ojos, que al volverse, se cruzaron con los del conde de Las-Cases.

—Venid,—dijo,—y os dictaré un capítulo de mis memorias.

Las-Cases siguió al emperador; pero cuando iba á desaparecer bajo el puente, el comandante Ross se acercó al conde y le preguntó:

—¿Por qué se va el general Bonaparte?

—El emperador se va porque no puede soportar la vista de los sufrimientos de ese animal.

Los ingleses se miraron extrañados: les habían relatado que Napoleón, después de cada combate, se paseaba por los campos de batalla, para saciar los ojos con la vista de los muertos, y solazar sus oídos con los lamentos de los heridos.

Cuando la sorpresa se hubo desvanecido, lavaron el puente, cubierto de sangre, y se reanudó la fiesta interrumpida por la aparición del escualo.

Durante aquel tiempo, Napoleón dictaba las páginas en que refuta el envenenamiento de los apestados de Jaffa. El aburrimiento había inspirado al emperador la idea de escribir la historia de sus campañas.

La estación era calurosa, el día transcurría monótono; el emperador, al comenzar la travesía, subía raras veces al puente —nunca antes de almorzar—, y, como en campaña, almorzaba á horas irregulares.

Los ingleses almorzaban á las ocho en punto y los franceses á las diez.

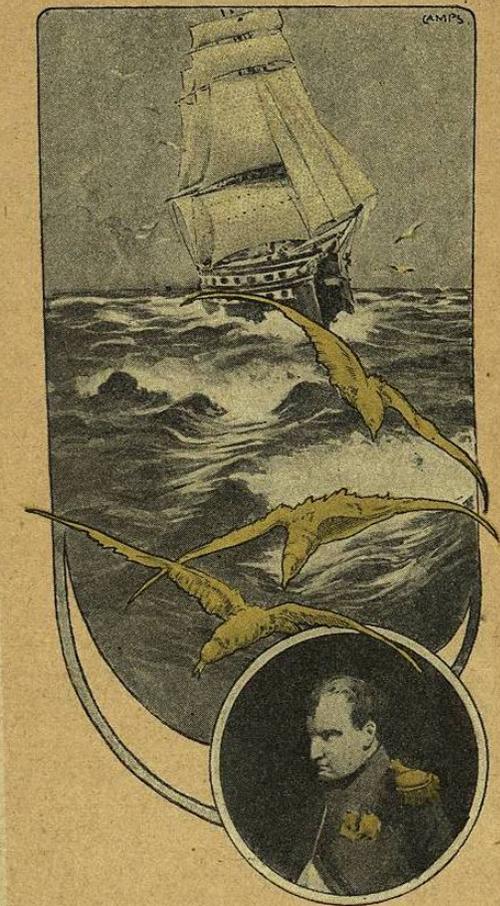
Desde el almuerzo á las cuatro, el emperador leía ó conversaba con Montholon, Bertrand ó Las-Cases; á las cuatro, se vestía, pasaba á la sala común, y jugaba una partida de ajedrez; á las cinco, el almirante en persona entraba á anunciar que la comida estaba servida.

Entonces se sentaban á la mesa.

La comida del almirante duraba, usualmente, cerca de dos horas; una hora y cincuenta minutos más de lo que duraban las comidas de Napoleón. Así es que, desde el primer día, al momento de servir el café, el emperador se levantó; el gran mariscal y Las-Cases, invitados á la mesa del almirante, se levantaron igualmente.

La sorpresa fué general; el almirante estuvo á punto de incomodarse y pronunció algunas quejas en inglés por la falta de sociabilidad del emperador; pero la señora Bertrand, que había quedado rezagada, respondió en el mismo idioma:

—Señor almirante, me parece que olvidáis que se trata



del que ha sido dueño del mundo, y que, cuando se levantaba de la mesa, ya sea en París, ya en Berlín, ya en Viena, los reyes á quienes hacía el honor de invitar á su mesa se levantaban con él y le seguían.

—Es verdad, señora,—replicó el almirante;—pero, como no somos reyes, ni estamos en París, Berlín ó Viena, no nos parece mal que el general Bonaparte se levante de la mesa antes de finalizar la comida; en cambio le parecerá bien que nosotros prosigamos.

A partir de aquel día, reinó por ambas partes libertad absoluta.

Durante aquellas largas conversaciones de á bordo, Las-Cases recogió de los propios labios del emperador todas las anécdotas que cita en su *Memorial*, sobre la infancia y la juventud del prisionero de Santa Elena; después llegó un momento en que se agotó aquel género de conversación, en que Napoleón dejó de relatar, aun cuando su auditor no dejara de escuchar; y el sábado 9 de septiembre empezó á dictar sus campañas de Italia.

Salvo aquella distracción, que al principio le absorbió media hora, después una hora, después dos y hasta tres, los días se deslizaban en una monótona uniformidad;—y así fueron contando desde el lunes 7 de agosto hasta el sábado 13 de octubre.

Aquel día, en la comida, el almirante anunció que el día siguiente, á las seis de la tarde, esperaba ver Santa Elena. La noticia, se comprende, causó impresión á bordo: ¡llevaban sesenta y siete días de navegación!

El día siguiente, en efecto, mientras se hallaban á la mesa, el marinero que desde las dos de la tarde estaba de vigía en las vergas de la cofa, gritó: «¡Tierral!»

Hallábanse á los postres; todos se levantaron y subieron al puente.

El emperador se asomó á proa y buscó con los ojos la tierra.

Una especie de bruma que parecía flotar en el horizonte fué todo cuanto pudo divisar; era necesaria la vista experimentada de un marino para afirmar que aquella bruma era un cuerpo sólido.

El día siguiente, desde el amanecer, todo el mundo estaba reunido en el puente. A pesar de que el buque había permanecido parte de la noche al paio, había andado, sin embargo, lo bastante para que en aquel momento, y gra-

cias á la limpidez del aire matutino, la isla fuese perfectamente visible.

Hacia mediodía se echaron anclas; hallábanse á unos tres cuartos de legua de la tierra. Hacía ciento diez días que Napoleón saliera de París; la travesía del destierro había durado más tiempo que aquel segundo reinado acaecido entre la isla de Elba y Santa Elena.

El emperador, que había salido de su camarote más pronto que de costumbre, se adelantó á lo largo del pasamano y clavó en la isla una mirada impasible: ni un músculo de su cara se movió; y, hay que decirlo, aquella máscara de bronce estaba tan sometida á la voluntad del moderno Augusto, que los únicos músculos que parecieron vivientes fueron los músculos inmediatos á la boca.

La vista de la isla no era, sin embargo, muy agradable; divisábase una aldea más larga que ancha, perdida en el fondo de gigantescos peñascos, desnudos, áridos, devorados por el sol. Como en Gibraltar, se hubieran podido prometer cien luises al ingeniero que tuviese la habilidad de hallar un sitio en donde colocar un cañón.

El emperador, al cabo de diez minutos de contemplación, se volvió hacia Las-Cases.

—¡Vamos á trabajar!—dijo.

Y bajó, hizo sentar á Las-Cases y se puso á dictar, sin que su voz acusase la menor emoción.

Después de echar anclas, el almirante bajó á un bote y mandó remar hacia la isla.

A las seis de la tarde volvió muy fatigado; había recorrido toda la isla y creía haber hallado un sitio conveniente; por desgracia, exigía algunas reparaciones, y éstas podían durar dos meses.

La orden positiva de los ministros ingleses era que no se desembarcara á Napoleón hasta que su mansión no estuviese dispuesta á recibirle. Pero el almirante se apresuró á decir que el general Bonaparte estaba seguramente cansado y aburrido del mar, y tomaba sobre sí la responsabilidad del desembarque; y como éste no era posible de noche, el almirante anunció que el día siguiente comerían una hora antes que de costumbre, para que el desembarque pudiese tener lugar después de comer.

El día siguiente, al salir del comedor, Napoleón halló reunidos en la toldilla á todos los oficiales, y las tres cuartas partes de la tripulación alineadas en los pasamanos.

Un bote aguardaba; el emperador bajó con el almirante y el gran mariscal.

Un cuarto de hora después, el lunes 16 de octubre de 1815, pisaba el suelo de Santa Elena.

Para lo restante, ver el *Prometeo*, de Esquilo.

XIX

Lieschen Waldeck

En aquella misma hora en que Napoleón pisaba el suelo devorador del destierro, en la pequeña ciudad de Woltach, oculta en el fondo de uno de los valles más pintorescos del gran ducado de Baden, una niña de diez y seis años, como la Margarita de Goethe, dejaba parar el torno, y con los brazos caídos, la cabeza apoyada en la pared y los ojos al cielo, murmuraba una canción, muy en boga en Alemania.

Tan absorta estaba la muchacha en su pensamiento, que no oyó abrir la puerta que daba á un patio interior, ni vió entrar, ó, mejor dicho, detenerse en el umbral de aquella puerta, á un joven de veintinueve ó treinta años, vestido con el traje de los campesinos de Westfalia.

Decimos *vestido con el traje*, porque, mirando atentamente al joven, observábase en él, á pesar de su esfuerzo en ocultarlo, cierto aire militar que manifestaba que el traje de oficial era el único que se adaptaba á su talle, á la vez esbelto y decidido.

Su semblante era hermoso y varonil á un tiempo; los ojos, de un azul oscuro, eran vivos y penetrantes; el pelo, rubio, casi castaño; los dientes, soberbios.

La joven, sin apercibirse de su llegada, siguió cantando. A cada nueva estrofa, su acento iba haciéndose tan triste, casi tan doloroso, que el joven no tuvo valor de oír las tres ó cuatro palabras que faltaban para terminar la canción, y, aproximándose vivamente:

—¡Lieschen!—dijo.

La joven se inmutó, y, volviéndose, divisó al joven entre la obscuridad que había dejado llegar sin encender el velón de tres brazos de cobre, preparado encima del arca de encina, y con voz casi de espanto:

—¡Sois vos!—dijo.